

Tampoco en la Universidad 'el hábito hace al monje'

J. A. MARTÍN — PEREDA

El viento que últimamente zarandea las hojas del calendario ha tenido la virtud de sacar a la luz problemas que antes nos parecían inexistentes. Han brotado sentimientos dormidos y reverdecido deseos que antaño se olvidaron por ilusorios. A veces parece como si las sociedades se hubieran puesto a rebuscar cosas que antes habían desechado. Aparentemente, todo está en proceso de cambio aunque, como ya es sabido, nada suele cambiar cuando todo parece que cambia. Pero una de las cosas que, sin duda, sí está en proceso de transformación es la Universidad española. Me atrevería a decir que uno de los entornos que los historiadores del futuro señalarán como aquel en el que el paso del tiempo ha tenido un profundo impacto ha sido el académico.

No me refiero al conjunto de leyes que se han promulgado en el pasado. Todas ellas han tenido su impacto en la vida académica y se ha hablado en favor y en contra durante largo tiempo. A lo que me refiero es a toda una serie de hechos que están teniendo lugar en estos días y cuya influencia no se notará hasta pasado un quinquenio. Y de todos ellos el más significativo es la creación de un número elevado de universidades, repartidas por todas las provincias de España y —ligado a ellas— una cantidad incontrolada de facultades y escuelas técnicas.

Desde un punto de vista aséptico y en cierta manera idealista, podría decirse que lo anterior es bueno. A cuantos más sitios de nuestra geografía llegue la cultura, mejor. Más aún si es universitaria. Y mucho mejor, de acuerdo con los cánones hoy de moda, si es científico-técnica.

Las razones económicas de no tener que enviar a estudiar a nadie a sitios distantes del hogar familiar parecen evidentes. El contacto, por otra parte, de cualquier área geográfica, más o menos cerrada, con un ambiente universitario es siempre benefi-

cioso y debe, a la postre, redundar en una mejora del conjunto de sus realizaciones.

Pero ésa es la imagen idílica del tema. La realidad es muy distinta. Para intentar demostrarlo voy a hacer un símil con otro campo en el que es posible que la situación se vea más clara. Supongamos que en lugar de crear universidades, la mayor parte de los pueblos de nuestro país decidieran tener una orquesta sinfónica. Supongamos también que en todos ellos hubiera fondos suficientes para contratar músicos, comprar instrumentos y edificar locales para celebrar los conciertos. ¿Qué ocurriría al cabo de un cierto tiempo? Pues se vería que el número de músicos existentes era escaso, que quizá habría muchos más pianistas que violinistas, que algunos apenas tendrían completados sus estudios e interpretarían las partituras con dificultad... Así, una tras otra, se irían notando carencias y debilidades.

¿Que harían los responsables de cada lugar? Si aquello se había querido que constituyese una especie de símbolo de progreso se disimularían los defectos y se haría que la orquesta empezase a tocar como fuese.

Es posible que quien por su formación hubiera debido encargarse de tocar los timbales, ahora pasase a tocar el violonchelo. Y ello sólo por el hecho de no conseguirse ningún violonchelista. Que hubiera pianistas tocando el violín y arpistas el trombón. Eso sí, todos músicos. Pero cada uno con un nivel distinto y una formación técnica diferente. ¿Qué resultaría de aquello? Sencillamente que la orquesta podría tocar en su lugar de origen —porque así lo deseaba el que la había creado—, pero raramente sería contratada en ningún otro sitio.

Con las universidades está ocurriendo algo parecido y con determinadas escuelas técnicas, elevado a la enésima potencia.

Hace algunos años se puso de moda la ingeniería de teleco-

municación. Berlanga nos recordó en una de sus películas aquello tan español de "siente un pobre a su mesa". La situación que se planteó entonces fue la de "ponga una escuela de Teleco en su autonomía". Y si era posible, como se decía también en el anuncio del plátano, "dos mejor que una". Los resultados no los apreciamos todavía, pero los veremos pronto.

Es la evolución lenta que anunciaba antes. Los profesores con los que se están llenando algunas de ellas apenas han tenido nada que ver, en sus años previos, con las técnicas de las comunicaciones. Con su mejor voluntad se estudian algún libro del tema y, al día siguiente, se lo cuentan a sus alumnos. De ser estudiantes de tercer ciclo pasan a ser responsables de toda una área de conocimiento en su nuevo departamento. Sin estar formados totalmente, pasan a ser formadores de los futuros ingenieros.

¿Cuál será el resultado? Como es obligado y lógico, los alumnos que acaben sus carreras obtendrán un título. Será el hábito que les cubra y con el que se presentarán en sociedad. Pero, ¿serán realmente monjes de la carrera que han cursado? Y esto que he particularizado para Teleco podría aplicarse a muchas otras ramas.

Volviendo al símil de la orquesta, ¿no sería mejor que, paso a paso, se fueran creando unidades de acuerdo con lo que se dispone? En lugar de orquestas sinfónicas, se podrían crear, en unos casos, cuartetos de viento, en otros, de cuerda. Si hubiera incluso, si así fuera lo aconsejable, tener únicamente solistas. Así se podría alcanzar calidad, que es lo que, en realidad, se debe pretender conseguir. Pero tener un único objetivo de cantidad y fachada nunca suele ser buena técnica.

Catedrático de Tecnología Fotónica de la UPM.